

modo en el que Leguizamón leía la obra de su protegido dentro del nacionalismo del Centenario. Para Leguizamón, el texto de Gerchunoff constituía un agente simbólico efectivo para la consolidación de ese proyecto liberal que, ansioso por disolver lo «otro», necesitaba domesticar al gaucho y asimilar al judío a la nueva política de la tierra:

«La obra será lenta, sin duda, pero concluirá al fin su evolución inevitable cuando los ancianos judíos desaparezcan y sobre el solar poblado de bíblicas añoranzas, los hijos de sus hijos, argentinos por la fusión de la sangre, *encariñados a la tierra que les entrega sus riquezas ubérrimas*, libre de preocupaciones y de recelos, con la alegría y la paz del hogar risueño que les colma de dicha el corazón, entonen en las fiestas de la nueva centuria el cántico glorioso de la libertad argentina». (xii-xiii, la cursiva es mía).

En este contexto, tras haber evaluado el libro, Leguizamón pronuncia el veredicto aprobatorio: «podemos saludarle como a uno de los escritores de la tierra» (xv) y, como si eso no bastara, remata su sentencia adoctrinando: «He ahí la rica cantera que debe explotar *con espíritu exento de preocupaciones de raza*, sin amoldarse a los cánones de ninguna secta literaria dejando que la pluma tome el ritmo natural y las imágenes encuentren su camino» (xv-xvi, el subrayado es mío).

En 1935, es decir, veinticinco años después de la publicación de *Los gauchos judíos*, Gerchunoff todavía mantendrá su deuda de gratitud hacia Leguizamón. En la nota aparecida en *La Nación* con motivo de su muerte, destacará nuevamente en él los valores que lo llevaron a elegirlo como prologuista: «un temperamento de artista, impregnado de tradición, con sabor y olor a tierra natal» (*Figuras de nuestro tiempo* 220). La afirmación con que concluye el texto: «tiene su obra la trascendencia de un tributo patriótico» (222), explicita una vez más su fidelidad y reconocimiento a la figura del precursor y confirma, a la distancia, el compromiso inalterable hacia la Argentina como su Sion.

Al lado de Leguizamón, es posible verificar entre los precursores de Gerchunoff a otro escritor ligado directamente al programa de la generación del 80: Olegario V. Andrade (1841-1882). Andrade es el último de los referentes intelectuales argentinos en la obra de Gerchunoff y, como en el caso del autor de *Calandria*, un repaso por su biografía literaria pone al descubierto las afinidades electivas que justifican esta filiación en términos políticos y estéticos. Otra vez vuelve a hacerse patente aquí ese núcleo de ideologemas en función de los cuales Gerchunoff construyó su tradición intelectual en las letras argentinas: una misma pertenencia territorial –la provincia de Entre Ríos– y una misma matriz liberal aplicada al tratamiento de los temas patrios.

Andrade estuvo ligado desde su adolescencia a los prominentes nombres de Julio Argentina Roca y Eduardo Wilde, de quienes fue condiscípulo en el Colegio de Concepción del Uruguay. A pesar de su inicial oposición periodística al centralismo porteño, su lucha cesa cuando se establece en Buenos Aires durante la presidencia de Nicolás Avellaneda (1874-1880). Nombrado diputado en representación del Partido Autonomista Nacional, inicia su etapa celebratoria del ideario porteño a través de *Nido de cóndores*, *Prometeo*, *San Martín*, *Atlántida*.

Un análisis de *Entre Ríos, mi país* permite destacar la importancia que el autor de *Los gauchos judíos* otorga a la escritura de su «comprovinciano» en el ámbito de la literatura latinoamericana. El final del capítulo sobre Andrade («La ciudad del poeta: Gualeguaychú») señala las claves de su lectura: «Las nubes le sugirieron [a Andrade] la evocación del Cáucaso y de Prometeo, el amor de la libertad, el sentimiento ardoroso y heroico de la justicia. Por haber sabido interpretar su mudo idioma, por haber sabido leer los signos indescifrables, lo llevamos en nuestro pensamiento» (126).

Según el propio Andrade, *Prometeo* (1877) es «un canto al espíritu humano, soberano del mundo, verdadero emancipador de las sociedades esclavas de tiranías y supersticiones» (71). Pero dentro de este marco, como puntualiza Guido y Spano, el texto repite la tesis de Quinet según la cual «Prometeo es el verdadero profeta de Cristo en el seno de la antigüedad griega».³ En la parte V del poema, Andrade sintetiza esta idea. Presenta a Prometeo, de pie en la montaña, presenciando «de una cruz la fantástica silueta» (85):

Aquélla es la bandera de combate,
.....
[que] va a desplegar el pensamiento humano
Teñida con la sangre de otro mártir
—Prometeo cristiano—,
¡Para expulsar del orgulloso Olimpo
Las caducas deidades! (86)

El ideario cristiano de *Prometeo* se consolida y encuentra una dirección más específica en *Atlántida* (1881). Allí Andrade concede a la «raza latina» un destino mesiánico en la historia universal. En el poema, América aparece como la destinataria de una empresa histórica secular que Dios le tenía reservada desde la Antigua Grecia; dentro de ella, a la Argentina corres-

³ Carlos Guido y Spano, «Carta a Olegario Andrade», en Olegario V. Andrade, *Obras poéticas* (Buenos Aires: Sopena, 1938): 9.